

EDNODIO QUINTERO

CUENTOS SALVAJES



ATALANTA







ARS BREVIS

ATALANTA

I 26



www.elboomeran.com

EDNODIO QUINTERO
CUENTOS SALVAJES

A MANERA DE PRÓLOGO
ENRIQUE VILA-MATAS



ATALANTA

2019

www.elboomeran.com

En cubierta: *Amazonia*, Bárbara Brändli
En guardas: *Sin título*, Katyna Henríquez Consalvi

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© Ednodio Quintero, 2019
© A manera de prólogo: Enrique Vila-Matas
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-949054-2-1
Depósito Legal: GI 1874-2018

Índice

A manera de prólogo

13

Nota a esta edición

17

Autorretrato

19

Kaikousé

21

Primeras historias

Siete cuentos cortísimos

29

La muerte viaja a caballo

31

Gallo pinto

32

Un suicida

34

El manantial

35

Tatuaje

36

Cacería

37

El jugador

38

La venganza

42

Carpe noctem

45

El hermano siamés

47

Un paseo en barca

53

Crimen perfecto

56

Volveré con mis perros

La puerta

61

Un caballo amarillo

64

Valdemar Lunes, el inmortal

66

Monólogo de un cerdo

70

El biombo

75

Otras líneas

77

El personaje

79

El regreso	82
Billy, el zurdo	84
El paraíso perdido	87
Rosa de los vientos	98
Volveré con mis perros	110

El agresor cotidiano

35 mms.	125
Álbum familiar	127
El zarpazo	129
Costumbres	131
El agresor cotidiano	134
Adiós al amigo	137
Parque A. M.	144
María	149

La línea de la vida

La noche	161
Jinetes	165

Los dioses

169

Antares

173

La línea de la vida

185

Cabeza de cabra

194

Soledades

Sobreviviendo

211

El silencio

214

El combate

218

La caída

226

Orfeo

233

En la taberna

239

Caza

245

Uniones

Laura y las colinas

251

Amanecer en la terraza

255

Rosa mística

261

Laura y el arlequín

270

Las furias	279
Sombras en el agua	296
Carta de relación	315

El corazón ajeno

El sur	335
El otro tigre	347
Un rostro en la penumbra	361
Nocturno	373
La repetición	389
El corazón ajeno	405

Últimas historias

Ojos de serpiente	435
La hora del Ángelus	441
Una pelea con el demonio	447
Un rayo de sol	450
Owner of a lonely heart	453
Un cuervo	454

Lazos de familia

Maracaibo en la noche

459

El árbol de la muerte

463

La princesa de Escurufiní

476

Viajes con mi madre

488

A manera de prólogo

No habrá premio de novela Rómulo Gallegos este año, lo que para muchos es una prueba más de la destrucción del área pública que gestiona el arte y la cultura en Venezuela. «Lo institucional está desnaturalizado, los museos, las bibliotecas ya no son tales», apunta Antonio López Ortega, narrador y ensayista venezolano y notorio gerente cultural, para quien lo sorprendente en todo esto es que, a pesar de los problemas de los últimos años, la calidad de la creación en Venezuela permanece intacta. Sus palabras me han hecho pensar enseguida en Ednodio Quintero, nacido en 1947 en Trujillo cerca de la bella ciudad andina de Mérida. Este gran narrador ha construido un mundo literario cargado de una densa mitología propia, maravillosamente inventada, cuyo punto de partida fue siempre una imaginación aldeana elevada a la máxima potencia; aún recuerdo la grata y fuerte impresión que en 1991 me causó *La danza del jaguar*, su primera novela.

Quintero es visto ya cada vez más como escritor esencial, pero el reconocimiento de su obra ha sido lento, debido a una infinidad de causas, entre las que habría que incluir la deriva cultural de una Venezuela aislada del exterior y también el hecho de que pertenezca a la categoría de lo que Fabián Casas, al hablar de Bolaño, llamó «los escritores de antes», es decir, que pertenezca a la categoría de aquellos que nunca fueron simplemente escritores,

sino también puntos de unión entre vida y literatura, faros en los que los jóvenes podían verse reflejados. Quintero es uno de esos «escritores de antes», y es posible que, a la larga, haber estado tan alejado de los focos mediáticos le haya beneficiado, porque le ha permitido acceder al ideal de ciertos narradores de raza: ser puro texto, ser estrictamente una literatura.

En el centro de su más reciente novela, *El amor es más frío que la muerte* (Candaya), hay un momento en el que el narrador, el escritor de antes, «el apátrida», el héroe de las mujeres (a la manera de Bioy, pero muy japonizado), observa que una roca tiene forma de tumba y le recuerda un lecho como el de Procasto. Una cama de piedra, piensa. Y se tiende boca arriba en la fría laja y dice sentirse cómodo, sereno como un rey en una gran casa para siempre. En ese intenso instante de la novela podría estar la clave absoluta del cuerpo eterno, dinástico, que los textos de Quintero entronizan en la historia de la literatura de todos los tiempos; uno diría que el venezolano está ahí sintonizando con aquel célebre arranque de Pierre Michon en *Los cuerpos del rey*, donde se nos indicaba que el monarca tiene dos cuerpos: uno eterno, dinástico, que el texto engrandece y consagra, y al que arbitrariamente llamamos Shakespeare, Joyce, Beckett; y otro cuerpo mortal, funcional, relativo, el andrajo, que se encamina a la carroña; que se llama, y nada más se llama, Dante, y lleva un gorrito que le baja hacia la nariz chata; o nada más se llama Joyce y lleva gafas de miope, o se llama Shakespeare y es un rentista bonachón y ro-busto con gorguera isabelina.

Enrique Vila-Matas

El País, 24 de julio de 2017

Cuentos salvajes

Para Leda, mi hija

Escribir es un placer denso y profundo.

STENDHAL

Nota a esta edición

La idea de editar los cuentos completos de un autor vivo tiene un costado insidioso, pues ni siquiera la muerte asegura que tales cuentos o relatos constituyan una obra definitiva o cerrada. Pienso en los escritos póstumos de aquellos autores de los que se podría afirmar que mientras transcurre el tiempo, desde el Hades donde fueron a rumiar sus más caros sueños y ambiciones, escriben cada vez más y mejor.

A finales del siglo pasado, por ahí en 1998, escribí lo que consideré en aquel momento como mi último cuento. Se trataba de un texto muy breve inspirado en una canción de Yes: «Owner of a lonely heart». Llevaba ya tres décadas escribiendo cuentos, desde los cortísimos que databan de 1968 y que recogí en mi primer libro de 1974, hasta los que aparecen en *El corazón ajeno* (Grijalbo, 2000), y sentí que había dado con una especie de fórmula, digamos en modo Poe, Cortázar y Borges, y no le encontraba gracia alguna a seguir repitiéndome.

En esta recopilación de lo que se podría llamar mi obra breve incluyo los cuentos que aparecen en *Cabeza de cabra y otros relatos* (Monte Ávila, 1992), reeditados como *Ceremonias* (Candaya, 2013), y los posteriores *El combate* (1995) y *El corazón ajeno*, recogidos junto a unos pocos inéditos en *Combates* (Candaya, 2009). Y, para mi propia sorpresa, agrego una nueva sección que he

titulado *Lazos de familia*, donde figuran varios relatos de ficción aderezados con elementos autobiográficos, y que cierra «Viajes con mi madre», el más reciente, extenso y mi predilecto por su carácter lírico, sugestivo, íntimo y personal.

Siguiendo una idea de mi amigo Luis Moreno Villamediana, opté por abrir esta exhaustiva recopilación con «Autorretrato», un fotomatón de 1992, y «Kaïkousé», un intento de *ars narrativa* de 1993. Luis encuentra en «Kaïkousé», al igual que en «Viajes con mi madre», correspondencias temáticas, estilísticas e incluso lingüísticas con mis primeros escritos, enraizados en la memoria ancestral y en cierto telurismo, con un sesgo posmodernista y decididamente pop. Una primera edición de esta antología personal con el título de *Cuentos completos* apareció en El Estilete, Caracas, 2017.

Jacobo Siruela tuvo la audacia de plantearme la posibilidad de publicar este volumen de cuentos en la editorial Atalanta que él dirige con su estilo refinado y exquisito. Acepté la propuesta sin pensarlo dos veces, y aquí está el resultado con el renovado título de *Cuentos salvajes*, destinado a un amplísimo sector de los lectores de habla hispana de ambas orillas del Océano mar. Agradezco a Jacobo por haber apostado por la obra de un «oculto» autor de ultramar que sigue considerando a Samuel Beckett como su autor predilecto. Agradezco a mi amigo Garcilaso Pumar, director de El Estilete, por haber cedido los derechos de la edición venezolana. Agradezco a mi dilecto amigo Enrique Vila-Matas por ofrecer su estupendo texto publicado originalmente en *El País* el 24 de julio de 2017, como abre boca y espaldarazo de estos *Cuentos salvajes*. Agradezco a mi querida Katyna Henríquez, madrina de éste y otros proyectos heterodoxos, a menudo distópicos, por su manifiesto apoyo y complicidad.

Ednodio Quintero

Mérida, mi herida, 3 de diciembre de 2018

Autorretrato

La imagen que tengo de mí mismo es cambiante y fugaz. Imprecisa como si la contemplara a través de un cristal engañoso. ¿Proteica? Casi siempre insatisfactoria. Varía con las luces y las sombras. No obstante, el paso del tiempo no altera su esencia. Adquiere cierta densidad cuando –como si estuviera impresa miles de veces sobre la superficie de una película– se pone en movimiento. Aislar un fotograma, invocando el azar, puede conducir a resultados insidiosos: el santo o el monstruo. De cualquier manera, y muy a mi pesar, oscilo entre ambos extremos. Soy esquizofrénico.

¿Multifacético? A través de un proceso cuyos mecanismos no alcanzo a comprender, he sido dotado de una máscara imperturbable. En ella, sólo los ojos, que a menudo arden como brasas, delatan mis estados de ánimo. Aquella máscara, huidiza y refractaria, destaca mis rasgos asiáticos. Mi perfil de cuchillo mellado y mi cabello renegrido impregnan el conjunto con un aire leve de monje o bandido. La piel relumbra a veces, pálida y amarillenta. ¿Se libera tal vez de algún estigma: el recuerdo de mi estancia en los infiernos...? Unas cuantas pinceladas más y el retrato estará acabado. Ni siquiera mi madre me reconocerá. Frente estrecha, cejas inexistentes. Una constelación de lunares. Ojos de miel. Mirada de basilisco.

Según el horóscopo chino, soy jabalí. Creo que el otro me define mejor: pez. Esquivo y resbaladizo. Tal vez una trucha de

lomo irisado remontando una cascada. Además, me gusta la forma simplificada de ese graffiti que los primitivos cristianos pintaban en las catacumbas. Mi naturaleza se complace en el agua. Pero en sueños vuelo como un halcón.

 Mi vocación y mi destino se funden en un único lugar posible: la escritura. Escribo con pasión, incluso con rabia. Trazo signos enrevesados en los cuales, alguna vez, acaso en las proximidades de mi muerte, descubriré mi rostro verdadero.

Kaikoué

–Hacia un *ars narrativa*–

El buey de Li Po

Yo nací en un lugar agreste de la alta montaña. Y permanecí hasta una edad irremediable –los seis años– en aquella aldea de los Andes, un sitio olvidado de los cartógrafos y de Dios, cuyo imaginario colectivo se correspondía más con el de alguna región de la España del siglo xvi que con el impreciso y prometedor por petrolero del país tropical de mediados del xx: Venezuela. Mis ancestros de origen español, campesinos pobres de Andalucía y Extremadura, se habían asentado en estas tierras altas hacía ya trescientos años. Mis ancestros indígenas, provenientes de la rama norteña de los chibchas, vivían aquí desde un tiempo inmemorial. De los primeros heredé mi vocación mediterránea, mi semítica nariz y la lengua de Cervantes y Quevedo; de los segundos, el cabello rebelde, mis ojos de japonés alucinado y mi conciencia de guerrero.

Muy temprano supe que mi destino –fatal e ineludible– sería el del guerrero. No obstante, las batallas y derrotas y huidas y desertiones –y alguna herida ingrata– que me aguardaban en un futuro incierto tendrían como escenario otros paisajes, distintos a los que se vislumbraban desde mi lar montañés; semejantes, más bien, a los campos de lava de las lunas jovianas: Ganímedes, Ío, Europa o Calisto.

Crecí en una casa grande, con techos inclinados y heteroclitos: teja, paja y zinc, ubicada temerariamente al borde de un río

torrentoso. Mis primeros recuerdos, nítidos y tal vez reveladores, flotan en aquel espacio: la franja de sol en el corredor, una bandada de loros sobrevolando el maizal, mi padre leyendo a la luz de un candil, mi madre cantando una canción de despecho. En muchos de ellos aún me reconozco, otros han sido erosionados por la imaginación viciosa que ha derivado en literatura, algunos quisiera volverlos a vivir. Elijo uno para mi placer. Veo venir, allá en el camino real, un buey cargado con dos tercios de leña y a horcajadas en su lomo un insólito jinete, un muchacho, que conduce al animal como si se tratara de un caballo. No sé por qué aquel espectáculo –a decir verdad, poco usual– me produjo tal arrebato de alegría y admiración. Corrí y salté, anunciando a viva voz la llegada del buey-caballo, una figura fantástica que acababa de ingresar en mi bestiario personal. Años después, por una de esas venturosas conjunciones en las cuales reconocemos el regalo de algún dios, reviví la memorable escena leyendo un poema de Li Po.

Helena de Troya

En septiembre de 1953, mi padre, que acababa de cumplir sesenta años, abrió un paréntesis en su vida de labriego. Abandonamos la aldea neblinosa donde habían transcurrido los primeros seis años de mi existencia terrenal y nos mudamos a Niquitao, aguas abajo del rugiente río Burate, un pueblo de calles anchas y empinadas, rodeado de cafetales y amenazado por el espíritu vengativo de una laguna. A diferencia de mi aldea natal, en Niquitao había agua corriente, luz eléctrica y una flota de tres jeeps que viajaban hasta Boconó. Que yo supiera leer desde que tenía memoria no me sirvió de credencial para librarme de entrar a la Escuela Municipal. El cambio me desconcertaba, pero a esa edad temprana nos adaptamos bien pronto a las nuevas exigencias de nuestra condición. Ah, pero una sorpresa mayúscula me aguardaba a la vuelta del mes...

El 24 de octubre, día del Arcángel San Rafael, patrono de mi provisorio domicilio, tuve un primer e inolvidable encuentro con mi destino: conocí a Helena de Troya. Sobre la pared blanqueada de un solar surgieron, como salidas de un sueño, las escenas que

narraban el sitio de Troya. Yo desconocía la magia del cine, y aquella espectacular introducción en el arte de las imágenes en movimiento dejó una huella en mi memoria que el tiempo no ha hecho más que acentuar. En vano he tratado de rescatar de alguna perdida cinemateca aquella versión hollywoodense de *La Ilíada*, y sólo en *Las Troyanas* de Cacoyannis he vuelto a experimentar una sensación parecida a la emoción pura y salvaje de mi primera película. Pero lo que aquí trato de expresar, más allá de una anécdota común a la gente de mi generación, es la riqueza existencial –e incluso conceptual– de aquella experiencia primigenia. El cine –*Helena de Troya* en particular– me abrió las puertas de la percepción. En la noche de San Rafael, sobre la pantalla de cal, estaban prefiguradas algunas de las constantes que me habrían de acompañar a lo largo de mi existencia: la mitología –en la que nunca he dejado de abreviar–, el cine –del cual siempre me he alimentado–, la literatura –pues aunque yo no tenía noticias de Homero, éste había sido el guionista de la película–, lo femenino como vía hacia el conocimiento –representado en Helena, la mujer– y, en fin: la imaginación. «La imaginación», como escribió Cortázar, «al servicio de nadie.»

En la Biblioteca de Babel

No sé cuándo me hice escritor. Creo que fue apenas a los cuarenta años, mientras escribía enfebrecido los capítulos iniciales de mi novela primigenia, *La danza del jaguar*, cuando supe –con alegría y horror– que ése era mi único destino. Escribir. Ni siquiera se trataba de un destino de elección, como tampoco se elige, por ejemplo, el color de los ojos. De lo que sí estoy seguro –y orgulloso– es de haber sido siempre un fanático lector.

Aunque no nací en una biblioteca y en mi familia no se practicaba con empeño el arte de la lectura, aprendí a leer antes que a hablar. Incluso, con la complicidad de mi madre, he llegado a cultivar la idea fantasiosa de que al nacer ya sabía leer. Lector amniótico, yo... Recuerdo que mi padre me regaló una moneda de oro cuando a los tres años me encontró descifrando los jeroglíficos de su almanaque lunar.

Años más tarde, y por un azar afortunado, tuve acceso a la enorme biblioteca de mi padrino Efraín Baptista. Al término de mi tercer año de bachillerato, allá en una ciudadela del pie de monte, en virtud de la caída en picada de mis notas escolares mi familia adoptiva, que se había confabulado con un médico chapucero, decretó mi insania mental. Al diagnóstico precoz siguió una receta naturista: un año de descanso en el campo. Vuelta a casa, allá en la alta montaña donde mi padre se había refugiado luego de su divorcio, en compañía de mis dos hermanos menores. A regañadientes y contra mi voluntad acepté la amarga medicina, pues desde mi niñez me solazaba en el estudio. Y me dediqué, como un solitario vengador, a uno de mis vicios predilectos: la lectura. Mi padrino vivía a tres kilómetros de la casa de mi padre, y por un acuerdo no escrito los jueves de cada semana, a horcajadas en Plata, el fiel y manso caballo de mi padre, yo bajaba hasta Visún, que así se llamaba el caserío donde se hallaba la dichosa biblioteca, que constituía para mí un invalorable tesoro y una mina inagotable. Abierta al ahijado insomne y aplicado, gracias a Dios. Luego de un exquisito almuerzo preparado por Matilda, la casera, experta en los banquetes de bodas, mi padrino Efraín me conducía hasta la biblioteca y me recomendaba algunos libros en particular, y yo mismo iba escogiendo otros movido por el azar o la curiosidad. Ya de regreso, montado en el caballo, iba hojeando e incluso leyendo un libro de aventuras en las estepas siberianas o una historia de amor. El jinete lector, qué cosas, ¿no?

Sería ocioso y un tanto difícil, por no decir pretencioso, hacer un catálogo de las maravillas guardadas en aquellos estantes que llegaban hasta el techo. No obstante, a mi memoria acuden algunas de las obras más conspicuas y de grata recordación. Leí *Des-ciende, Moisés*, de William Faulkner, sin comprenderlo. Todavía conservo un par de fichas donde iba anotando los enrevesados nombres de los personajes, una genealogía incestuosa que se remontaba a un legendario Lucius Quintus Carothers McCaslin. Leí *Silja* y *La vida y el sol*, de Frans Eemil Sillanpää, un olvidado escritor finlandés a pesar de su Premio Nobel, novelas ambientadas en un entorno campestre similar al que me rodeaba, y estuve enamorado de la muchacha finesa que da nombre a la primera narración, sometida a los avatares de su triste destino y que muere

en la flor de la edad. Leí *No sólo de pan vive el hombre*, la novela de Vladimir Dudintsev, en la cual el protagonista, un Ingeniero que vive en condiciones muy precarias, al regresar a su casa en el crudo invierno ruso prepara para su frugal cena papas asadas a la brasa con sal, receta que yo mismo adopté en aquella época nuestra de vacas flacas. Sin saberlo, en este trío de narraciones que ofrezco como ejemplos y en mi propia experiencia de exiliado en un páramo yerto, yo estaba poniendo en práctica los principios que caracterizan las complejas y fascinantes relaciones entre realidad y ficción. Ah, y para terminar, en las dilatadas noches de insomnio, a la luz de tres velas leí *Crimen y castigo*, de Dostoyevsky, y todavía algunos días me levanto convertido en Raskólnikov.

La noche boca arriba

A finales del 65 llegué a Mérida con el propósito de estudiar Ingeniería Forestal. En mi magro equipaje traía un par de cuadernos con apuntes para cuentos y un tímido, que yo creía ambicioso, proyecto de novela. El año siguiente, en un plazo breve, y como si se hubieran puesto de acuerdo para vapulearme, cayeron en mis manos, y de ahí pasaron a mis ojos y a mi cerebro enfebrecido, textos de Borges, Marcel Schwob, Ambrose Bierce, Kafka y Cortázar. Yo había sobrevivido a las pesadillas barrocas de Edgar Allan Poe, en particular a ese horrendo sueño recurrente que giraba en torno a «El corazón delator», pero este nuevo bombardeo con la artillería ligera y letal de la invención me sepultó. Mis borrosos manuscritos se extraviaron en un oportuno basurero, y el anhelo de transitar alguna vez los caminos trazados en el aire por aquellos señores de la imaginación se incubó al igual que una semilla de maldición en el fondo de mis huesos. No puedo dejar de mencionar el impacto que me produjo la lectura de «El milagro secreto» y «Las ruinas circulares» de Borges, ese par de realizaciones magistrales capaces de dejarte knock out. Y aún persisten en mi fluctuante y elusiva memoria las imágenes fulgurantes sugeridas por la lectura compulsiva de «La noche boca arriba» del Cronopio Mayor: yo fui la víctima elegida por los implacables cazadores de la guerra florida, yo fui el motorizado que agonizaba

de fiebre en un hospital. Y qué decir de «La metamorfosis», la minuciosa incursión, a la manera de un desollamiento con escalpelo, en la vida postrera del sufrido Gregorio Samsa, ese extraordinario relato de Franz Kafka que ya pertenece al mito y a la memoria colectiva. ¿Cuántas veces me desperté aterrorizado en mitad de la noche, boca arriba, observando con alivio mis manos y mis pies que aún conservaban su forma original?

Kaïkousé

Creo que fue W. B. Yeats quien escribió que «Empezamos a vivir cuando concebimos la vida como tragedia». A los cuarenta años, y luego de una inmersión tragicómica en mi infierno personal, comencé a vivir. Al menos, se me ofreció una segunda oportunidad. Llevaba ya una larga década sin escribir, y de pronto, en la convalecencia de mi imaginaria enfermedad, como un niño que hubiera descubierto el juego más divertido, me vi envuelto en el torbellino de la novela. Sin darme cuenta había comenzado a escribir una novela: *La danza del jaguar*. En ella, también sin percatarme, me estaba jugando los huesos y la piel. Reclamaba, con las voces de la lírica o con sorda furia, mi derecho a bailar desnudo, embadurnado en arcilla, bajo el sol equinoccial, «ese sol de cuchillos», a orillas de un río de las llanuras. Como el jaguar *-kaïkousé* en lenguaje pemón-, que sólo se junta con su hembra dos noches al año haciendo retumbar la selva como una algarabía de demonios, buscaba hacer oír mi voz en la floresta vacía de ideas y carente de sentido de este final de milenio. Quisiera creer que sobreviví al intento. De cualquier manera, el impulso de aquella enloquecida danza me mantiene con vida. ¿Debo confesarles que para mí vida es sinónimo de escritura? O viceversa. Ah, también debo decirles que los vientos que me sostienen en el aire, o enraizado a la montaña agreste donde nací, no son otros que la memoria y el deseo. Basta ya, pues como muy bien lo escribió William Blake: «El que desea y no actúa engendra la peste».

Mérida, 22 de septiembre de 1993

Primeras historias





«Quintero es uno de esos “escritores de antes”, y es posible que, a la larga, haber estado tan alejado de los focos mediáticos le haya beneficiado, porque le ha permitido acceder al ideal de ciertos narradores de raza: ser puro texto, ser estrictamente una literatura.»

Enrique Vila-Matas

«Las historias de Ednodio Quintero están hechas de rodeos, planteamientos que vuelven sobre sí mismos, hasta llegar al sitio en donde sobreviene la revelación.»

Juan Villoro

«Quintero hace de la invención y la escritura una necesidad. Nos ha enseñado todas las cartas de la baraja y hemos sucumbido al encanto de su inteligencia.»

Juan Antonio Masoliver Ródenas, *La Vanguardia*

Ednodio Quintero es uno de los narradores venezolanos de cuentos más celebrados de la última mitad del siglo xx. Este libro reúne en un solo volumen todos sus cuentos.

Ednodio Quintero (Las Mesitas, Trujillo, Venezuela, 1947) ha recibido el reconocimiento de los premios más importantes de su país. Ha escrito libros de cuentos: *La muerte viaja a caballo* (1974), *Volveré con mis perros* (1975), *El agresor cotidiano* (1978), *La línea de la vida* (1988), *Cabeza de cabra* (1993), *El combate* (1995) y *El corazón ajeno* (2000); novelas: *La bailarina de Kachgar* (1991), *El rey de las ratas* (1994), *El cielo de Ixtab* (1995), *Lección de física* (2000), *Mariana y los comanches* (2004), *Confesiones de un perro muerto* (2006), *El hijo de Gengis Khan* (2013) y *El amor es más frío que la muerte* (2017); y ensayos: *De narrativa y narradores* (1996) y *Visiones de un narrador* (1997).

